

PEDRO ROSELLÓ ORFILA



POR ENCIMA
DE TODO

DRAMA EN DOS CUADROS



Est. tip. de Manuel Sintes Rotger, á cargo de F. Fábregues Pons
Plaza del Príncipe, 11. — MAHÓN



S.M

SM
C^a8
61

POR ENCIMA DE TODO



1057143
SM C^a8 61

PEDRO ROSELÓ Y ORFILA

86-2
ROS

POR ENCIMA DE TODO

(DRAMA EN DOS CUADROS)



Est. tip. de M. Sintes Rotger
á cargo de F. Fábregues Pons
Plaza del Príncipe, 11.-MAHÓN

B-496A

Es propiedad del autor,
quien ha hecho el depósito
que marca la ley.

La «Sociedad de Autores
Españoles» es la encargada
del cobro de los derechos de
propiedad literaria.

REPARTO

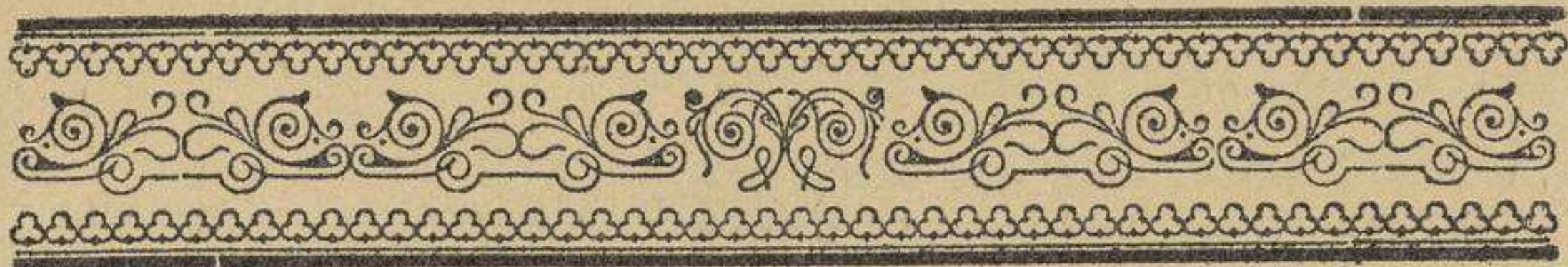
Personajes	Actores
MATILDE. <i>Veintiocho años</i>	Srta. Daroqui.
DOÑA ENGRACIA. <i>Cincuenta años</i>	Sra. Bozzo.
DOÑA CÁRMEN. <i>Cuarenta y cinco años</i>	Srta. Vega.
ARACELI. <i>Veintidos años</i>	» Molgosa.
PURITA. <i>Diez y ocho años</i>	» Tubau.
JUANA. <i>Veintidos años</i>	Sra. Domínguez.
DON MAURICIO. <i>Cuarenta años</i>	Sr. Rojas (M).
FERNANDO. <i>Treinta y dos años</i>	» Torrents.
DON CARLOS. <i>Cincuenta años</i>	» Mántua.
BERNARDO. <i>Veinticinco años</i>	» Ginestet.
PADRE ÁLVARO. <i>Treinta y dos años</i>	» Bañeras.
CÁNDIDO. <i>Veinticinco años</i>	» Rojas (A).
CÉSAR. <i>Veinte años</i>	» García.

ACCIÓN DE LA OBRA: *en las inmediaciones de un pueblo de la costa catalana, en un día del mes de julio. Época actual.*

Derecha é izquierda, las del actor.

Este drama representóse
por primera vez en el Tea-
tro Principal de Mahón la
noche del 31 enero de 1910.

CUADRO PRIMERO



ESCENA

Jardin espléndido de una magnífica quinta de recreo. A la izquierda, en segundo término, fachada lateral del edificio, con una puerta sobre tres gradas.

Al levantarse el telón, aparecen en escena: doña Cármén y doña Engracia, sentadas en segundo término derecha. Padre Álvaro, don Mauricio y don Carlos sentados hacia el foro-centro. Cándido, Araceli, Purita y César sentados en primer término izquierda.

Entiéndase que la conversación que sostiene cada uno de estos tres grupos, es especial y propia del mismo.

ARACELI

¡Ja, ja, ja! *(Risa)*. ¡Tiene gracia!

PURITA

¡Qué Cándido este!

CÉSAR

Voy convenciéndome de que es usted un hombre extraordinario.

CÁNDIDO

Pues lo que dije de que la mujer me enamore por el «chic» de sus vestidos, no tiene nada de trascendente,

CÉSAR

Y usted qué opina, Purita?

PURITA

Lo que usted: que lo mejor en nosotras son los ojos.

DOÑA CARMEN

Efectivamente. Las cosas se van poniendo de un modo, que ya, ya...!

DOÑA ENGRACIA

Y todo por culpa de esas pecaminosas corrientes libertinas.

DON MAURICIO

Sin duda alguna. Pero yo no arguyo más que esto: si el liberalismo, como se vocea y hasta lo repite el eco, se impone, no es menos cierto que nosotros, los sanos de inteligencia, los buenos de corazón, sabremos imponer nuestra voluntad.

PADRE ALVARO

Sabremos imponerla, si, señor; pero para ello, es menester sembrar mucho más y de otra forma: aquella que nos obligue á andar menos despacio y mas firme sobre el terreno.

DON CARLOS

Como que andamos á paso de tortuga. Y ello lo atribuyo yo, á que no llevamos en la masa de la sangre la suma de convicción necesaria para emprender la lucha rectilínea.

DON MAURICIO

Sin embargo, no hemos de olvidar que «nosotros, somos nosotros».

DOÑA ENGRACIA

No. Y la prueba estriba en que, como se ha dicho, ni son todos los que están, ni están todos los que son.

ARACELI

Pero qué tiene que ver una cosa con otra? Usted y César persisten en que lo único bueno de la mujer es la expresión de sus ojos; en cambio por mi parte opino como Cándido, que el vestido viene á ser el complemento de la belleza en las mujeres. Estamos dos á dos.

DON MAURICIO

Pués á ver quién vence.

PADRE ALVARO

No se canse usted, don Mauricio. Tal como vamos, vencerán ellos.

DON MAURICIO

Y hemos de resignarnos?

DON CARLOS

Claro está! Hemos de resignarnos á que nuestros enemigos...?

PADRE ALVARO

Ni por asomo; pero para evitar que se nos atropelle, precisa que tengamos...

DOÑA CARMEN

Mucha prudencia, mucha prudencia se necesita para tratar con ciertas gentes.

DOÑA ENGRACIA

La prudencia es una gran virtud, poco corriente en sociedad; pués el noventa y nueve por ciento desatienden sus buenos servicios. A mis hijos — y no es que yo me alabe — les he enseñado á practicarla dentro de la más estricta severidad. Araceli, ya usted lo sabe, una perfecta hija: obediente y juiciosa en todo. Cesar es así... un poquitillo travieso, pero incapaz de desmandarse por nada. De Alvaro no hay que hablar; un santo varón.

DON MAURICIO

Cabalmente. Y lo primero que procede, don Carlos, es escribirle una carta al señor marqués.

PURITA

¡Sí sí! Luego jugaremos á la gallina ciega.

PADRE ALVARO

La verdad es que para eso somos pocos.

DON CARLOS

No se apure usted, don Alvaro, que no faltarán...

ARACELI

Matilde también jugará.

CÁNDIDO

Y Fernando.

CÉSAR

Hasta las mamás.

DOÑA ENGRACIA

Lo creo difícil. Un joven como Luis, tan ilustrado y correcto, que es una bendición, no es posible que case con esa Remedios, tan mal educada que dá asco.

ARACELI

No digo que no. (A Cándido). Pero tampoco se me negará que en el día andan ustedes los hombres desequilibrados.

DOÑA CARMEN

De todo hay. Ahí tiene usted á las de Calínez: casadas todas y buenos partidos ellos, y en cambio á Fuensanta y Mercedes Morales, dos muchachas guapísimas y decentísimas, ni un consuelo siquiera. Parece que no existen.

PURITA

Pobrecillas! *(refiriéndose á unas mariposas que revolotean por la parte del jardín que se domina hacia la izquierda desde el sitio en que ella, Araceli, Cándido y César forman grupo. Todos observan á la vez).*

CÉSAR

Le gustaría á usted ser como ellas?

PURITA

Así de pronto, peréceme que no; pero si lo meditara un poco, quizás que sí.

CÁNDIDO

Miren, miren qué bonita aquella...!

ARACELI

Ay, sí! Preciosa!

PURITA

Divina!

CÁNDIDO

Y cómo brilla al sol!

CÉSAR

No veo...

PURITA

Sobre aquella flor encarnada... cerca de la fuente.

CÉSAR

Ahora...!

PURITA

Voy á ver si la alcanzo. *(Mutis corriendo por primer término izquierda. César la sigue).*

DON MAURICIO

Vamos allá! *(Se levanta. Lo mismo hacen Padre Alvaro y don Carlos).*

PADRE ALVARO

Su redacción es sencillísima; pero no tiene desperdicio alguno.

DON MAURICIO

Siendo de usted, no hay por qué decir que ese reglamento será excelente.

DON CARLOS

Y que influirá para que sea un modelo de Bancos el Banco del Sagrado Corazón de Jesús. *(Al ir á hacer mutis los tres, le acomete á don Mauricio un ligero golpe de tos, seguido de un breve vahido que hace necesario que don Carlos y Padre Alvaro le sostengan para que no caiga. Esto es tan rápido, que los demás personajes que hay en escena no se aperciben de ello). Qué es esto?...*

PADRE ALVARO

Se siente usted malo?

DON MAURICIO

No... No es nada... Lo de siempre...!

PADRE ALVARO

Esa pícara afección...! *(Mutis los tres por la puerta de la casa).*

ARACELI

Ja, ja, ja...! *(Risa. Cándido también ríe. Uno y otro han seguido observando cómo César y Purita están persiguiendo mariposas).*

CÁNDIDO

Esa caída era inevitable.

ARACELI

No van á alcanzar ninguna.

DOÑA CARMEN

Inútil pretensión! Sandoval no se ha peinado nunca para Milagros, diga ella lo que diga.

DOÑA ENGRACIA

Usted cree que no estoy en el secreto? Punto por punto conozco la historia de esos amoríos... Un misterio!

DOÑA CARMEN

Que si es...? Vale más no hablar.

ARACELI

Gracias á Dios!

CÁNDIDO

Al fin atraparon una.

ARACELI

Y ha sido mi hermano... Pero en serio que no quiere usted ir?

CÁNDIDO

En serio. Si es que usted tiene ese gusto... por mí no se detenga.

ARACELI

Y se le va á dejar aquí solito? No, no, no. Prefiero quedarme.

CÁNDIDO

¿Crea usted que lo siento.

ARACELI

Cómo que lo siente...?

CÁNDIDO

No, si quise decir...

DOÑA ENGRACIA

Ya se sabe: entre todos la mataron y ella sola se murió.

CÁNDIDO

Ni más ni menos. Y juzgue si será fantasía de usted, que allí hay mariposas y yo me estoy aquí sin que me importen.

ARACELI

Lo mismo me ocurre á mí.

CÁNDIDO

Entónces usted y yo, pensamos de un mismo modo, Celi.

ARACELI

No queda bien definido... Pero en eso de las mariposas, presumo que sí.

JUANA

Señoral... *(Saliendo de la casa con un cantarito).*

DOÑA ENGRACIA

Qué quieres, Juana?

JUANA

Que ya están ahí las bañeras... y esos hombres...

DOÑA ENGRACIA

Ah! Voy en seguida. *(Mutis de Juana por foro derecha).* Venga usted á verlas *(á doña Carmen).* Dos bañeras que hemos adquirido, último modelo. Son una monada!

DOÑA CARMEN

Pero nos hemos quedado en cuadro? *(Reparando en que sólo hay en escena Cándido y Araceli).*

DOÑA ENGRACIA

Casi, casi. Entretenidas en nuestras conversaciones, no nos hemos dado cuenta.

DOÑA CARMEN

Y mi hija por donde anda, Araceli?

ARACELI

Por ahí corre con César, detrás de unas mariposas.

CÁNDIDO

Y de algunas caídas de saltimbanqui.

DOÑA CARMEN

Diantre de chicos! Ir á llamarlos. (*Mutis Araceli y Cándido por izquierda primer término*).

DOÑA ENGRACIA

Dichosa juventud! Nosotras ya, amiga Cármén, no servimos más que para amargar la vida! No podemos alegrarla! No podemos embellecerla!...

DOÑA CARMEN

Cómo ha de ser! Ingratitudes del tiempo, doña Engracia! (*Al ir á hacer mutis las dos, doña Cármén repara en Matilde y Fernando*). Mire usted. (*Señalando hacia el foro izquierda*). Matilde y Fernando, de palique.

DOÑA ENGRACIA

Esos sí que no dejan sus dialoguitos al aire libre; y me escama un poco que siempre tengan tanto que decirse, y con ese donaire. Fíjese usted.

DOÑA CARMEN

Acaso ha notado usted algo?

DOÑA ENGRACIA

Nada. Pero sospecho que don Mauricio, harto metido en la política, no se preocupa un punto de su mujer, y que ésta no se conduce como Dios manda... En fin, vamos á ver eso. (*Mutis las dos por la puerta de la casa. Breve pausa en la escena, á la cual sigue la sali-*

da de Bernardo por foro derecha y la de Juana por foro izquierda con el cantarito lleno de agua).

BERNARDO

Eres tú? (*A Juana*). Iba á buscarte.

JUANA

Qué? Has recibido la carta que esperabas?

BERNARDO

Aún no hace diez minutos. Héla aquí. (*Saca la carta*). Escucha. (*Lee*). «Querido Bernardo: me alegraré que al recibo de esta, que te escribo oyendo una de tiros que Dios y su madre bailan, te halles en la más perfecta salud. Tu hermano y yo, sin novedad; pero recelosos de que las travesuras de la policía nos balden al menor descuido, pues tu tío Anselmo ha tenido que huir, sin tiempo de evitar que le ocupáran á Reclús, Máximo Gorki, Kropotkine, y otros. — (*Hablando*). Se refiere á unos libros de mi tío. — (*Sigue la lectura*). Si vieras, esto está que arde. Siete conventos últimamente han sido asaltados y quemados por los elementos de la revolución, que de cada día aumentan y con un valor grandioso luchan detrás de las barricadas. Multitud de mujeres se han unido á ellos. Los disparos puede decirse que son continuos, y el número de heridos y muertos, entre los que se cuentan bastantes civiles y guardias montados, es considerable. Nada, hijo mío, con añadir que á bandadas de familias abandonan la ciudad á toda prisa, te será suficiente para hacerte cargo de la situación. Recuerdos de tu hermano y un abrazo de tu padre, que lo es, Secundino Urrieta.» — (*Hablado*). Qué te parece?

JUANA

Pués una barbaridad!

BERNARDO

Sí, eh?... Dame un poco de agua. (*Juana le dá el cantarito y bebe á chorro*).

JUANA

Qué es lo que quiere esa chusma maldita?

BERNARDO

Acabar con los tiranos! Imponer la voluntad salvadora ~~de~~ la Nación!

JUANA

O la voluntad salvaje de unos desahogados, que bien merecen cadena perpétua.

BERNARDO

No rebajas nada?

JUANA

Nada. Es precio fijo.

BERNARDO

Entonces tendrás que cerrar la tienda.

JUANA

Te parece flojo el susto que llevamos la otra tarde, en que aprisa y corriendo hubimos de trasladarnos aquí, porpue olieron que en la casa había un cura?

BERNARDO

Bueno... Aquello no fué más que un arranque maternal de doña Engracia, que de buena fé creyó que á su hijo se lo iban á comer, cuando la dijeron que frailes y monjas huían á la desesperada.

JUANA

Y luego el que llevaron esos señores...? (*Aludiendo á los que hay en la casa*).

BERNARDO

Mira, eso tenía que suceder y ha sucedido... Y qué jaleo!... Y

cómo gozaría yo ahora viéndolo todo!... Llamas por aquí, llamas por allí, por todas partes llamas!... Y tiros y carreras y gritos de «abajo la tiranía...! abajo los privilegios...!» Luego cuerpos ensangrentados llenando las calles:..! Las mujeres del pueblo vengando la muerte de sus maridos, de sus hermanos, de sus hijos, rojas de coraje, valientes, simpáticas, sin temor á la muerte, sin temor á nada...!

JUANA

Y con muchísima desvergüenza! A que no te atreves á decir eso delante de don Mauricio?

BERNARDO

Enseguidita. Vaya un tío! Hasta creo que por la estampa debe haberme conocido ya... Yo le llamo el director de orquesta: siempre lleva la batuta... Y qué diremos de don Carlos y de su mujer? El parece un hurón; y ella, mejor que doña Cármen, debió de llamarse doña Peros: á todo se los pone.

JUANA

Es verdad.

BERNARDO

Nada, que lo único bueno que tenemos aquí — aparte de las dos jóvenes huéspedes, que son reteguapísimas — es don Fernando. Ese sí que vale!... Ayer estaba limpiando yo las botas al Padre Alavaro, canturreando el himno de Riego, y se me acercó y me dijo, dice: «Muchacho! Eres español? — Para servir á usted, señorito. — Pues te acompaño en el sentimiento!... — Me hizo una gracia!...

JUANA

Mira; ahí viene con su cuñada. (*Mirando por foro izquierda*).

BERNARDO

Pues retirémonos. (*Vánse por la puerta de la casa. Luego salen Matilde y Fernando. Ella lleva sombrilla y ostenta flores en el pecho, y él una en el bojal de la americana*).

MATILDE

Ya se ha disuelto la reunión.

FERNANDO

En efecto.

MATILDE

Si creerán que nos hemos perdido y andarán buscándonos?

FERNANDO

Pués ya pueden buscar.

MATILDE

Claro! Como no nos hemos perdido, no habrá medio de que nos encuentren.

FERNANDO

Ay, Matilde! Cuanto más se va acercando la hora, menos puedo sustraerme á la idea de tener que marchar.

MATILDE

Definitivamente esta noche?

FERNANDO

Definitivamente. Y con lo bien que se está aquí, apenas habré podido gozar de este delicioso paraíso.

MATILDE

Primero son las obligaciones.

FERNANDO

Tú lo dices. Lo primero es lo primero. Pero hay algo mucho más sagrado que todas las obligaciones habidas y por haber, y siempre ha de ser lo último: el cariño que toma uno á las cosas agradables.

MATILDE

Te me presentas desconocido. Tú que no supiste antes parar

á gusto en un sitio más que unas horas, se te antojan en este instante dos minutos los dos días que aquí llevas.

FERNANDO

Minutos, sí, que quisiera poderlos prolongar hasta lo infinito!

MATILDE

Jesús! Y qué aburrida la vida entónces!

FERNANDO

Según á lo que tú llames vida. Porque suponte que el mundo es, digámoslo así, un muestrario enorme, lleno de cosas clasificadas y valoradas y de distintos tamaños y colores, que se designan por un mismo nombre: Vida.

MATILDE

Y que habrá por supuesto para todos los gustos.

FERNANDO

Para todos. Desde los más elevados, á los más modestos.

MATILDE

Como la tuya... como la mía...

FERNANDO

Como la tuya, que es elevada al blanco rojo; como la mía, que es intermedia y de color marrón.

MATILDE

Ja, ja! (*Risa*). Vaya un color más sombrío!...

FERNANDO

A todo el que siendo soltero se enamora, la vida se le vuelve de color marrón.

MATILDE

Vas á repetirme que estás enamorado de mí?

FERNANDO

Como que es lo único que puedo decirte con sinceridad. En qué estaría yo pensando, cuando indiferente permití que te casaras con otro? Porque tú tenías que ser mía!

MATILDE

Pero no quisiste, y ya ves!... Tus calaveradas hicieron imposible toda inteligencia, después de lo mucho que sufrí por culpa tuya. Ahora, ya es otra cosa. Pertenezco á mi marido, y...

FERNANDO

Tan felices como hubiéramos sido, Matilde!

MATILDE

Pasó aquello. Los dulces sentimientos del alma, fluctúan hoy distintamente entre tú y yo de como fluctuaron ayer. Yo te quiero aún, Fernando, pero con respeto; por lo que fuiste para mí; por lo que no has sido, pudiéndolo ser: mi único amor.

FERNANDO

La fé ampara las virtudes, y con un sacrificio...

MATILDE

Pretendes comprometerme?

FERNANDO

Pretendo que me digas que aquello que pasó, ha creado esto; que me quieres por lo que soy y seré siempre para tí.

MATILDE

Fernando...! (*Como suplicante*).

FERNANDO

Si ya lo sé que tu angustia es inmensa! Lo leo en tu rostro, tan claro, á través de la verdad reflejada en esos ojos, que no puedo engañarme. No es invención de la fantasía que yo fui para tí todo un amor, como lo sigo siendo y lo seré toda la vida! (*La coge una mano*).

MATILDE

Suelta!... Por favor...! (*Sin resistir mucho*).

FERNANDO

Lo que tú llamas pasado, no debe llamarse así, sino nuestro presente... Entónces éramos muy jóvenes, y para mí no pudo entrañar gran importancia aquel entónces, que rebosaba afinidades y cariño, y en el que, sin tú ni yo sospecharlo, me inspiraste lo que un día, por la fuerza de la razón, por la ley inexpugnable de cuánto resulta de los hechos, había de merecer. (*Matilde ha logrado que Fernando le soltara la mano y se sienta en una silla que tendrá al alcance*). No se me olvida, Matilde, aquella tarde, en que sentada tú al piano tuviste el capricho de que oyera tu composición favorita «El Beso». Junto á tí escuchaba, escuchaba embelesado las sentidas armonías que, nerviosas y parleras, dulces y embriagadoras, llenaban la estancia... Y todas ellas rimaban cosas grandes, componían todo un poema de dicha: de esa dicha que gustamos de improviso cuando «El Beso» musitó sus postrimeras notas entre el chasquido de otro beso: el que mis labios posaron sobre los tuyos. (*Fernando se habrá sentado en una silla que estará junto á la de Matilde*).

MATILDE

Fernando!... No me atormentes!!... Me confundes...!

FERNANDO

No es eso. Es, que ya despierta tu corazón dormido!... Ya las cálidas vibraciones de la fuerza sentimental, lo invaden por entero! Eres toda tú que resucitas...! (*Matilde le mira á la cara*). Así!... Mírame así! Que fuego en tus miradas necesito yo, como fuego en mis sentires necesitas tú..!

MATILDE

Déjame!... (*Cariñosa*).

FERNANDO

Si aunque quisiera, no podría! Soy tu Fernando! Tu Fernando que se embriaga al contemplarte; que goza con beber tu aliento; que siente locas ansias de estrecharte en un abrazo... y cubrir tu boca de besos de amor, y tus ojos de besos de amor, y tu frente de besos de alegría...! *(En este momento se oye una de risas y algazara de Purita y César, que prolongan hasta la salida).*

MATILDE

Basta! *(Se levantan. Sale Juana á la puerta).*

JUANA

Señorito... El Padre Alvaro llama á usted. *(Mutis Juana y Fernando). (Salen Purita y César, que no pueden contener la risa, por foro derecha),*

MATILDE

Pero qué les pasa á ustedes, para reirse de este modo?

PURITA

Verá usted. Estábamos cazando mariposas César y yo; y cuándo creía haber hecho presa en una... *(Vuelve á la risa, que ha iniciado César).*

MATILDE

Pués señor, siga la risa....!

PURITA

Qué dirá usted que ha resultado ser?... Un abejorro!... *(Risas otra vez).*

CÉSAR

El susto que se ha llevado!...

MATILDE

Pero estaba usted ciega?

PURITA

Así parece.

CÉSAR

La cuestión era cazar. ¡

MATILDE

Y le tocó en suerte un bicho raro.

CÉSAR

A un servidor...

MATILDE

Usted es el bicho raro?

CÉSAR

No, si digo que á un servidor nada le había hecho tanta gracia.
(Sale Fernando á la puerta).

FERNANDO

Matilde! (Llamada y seña de que vaya y mutis los dos. Seguidamente salen por primer término izquierda, Cándido y Araceli).

CÁNDIDO

Gracias á Dios que les hallamos á ustedes!

ARACELI

Vaya una batida! (Abanicándose).

CÁNDIDO

Y vaya una calor! (Dándose aire con un pañuelo. Sale Juana).

JUANA

Chis! No chillen tanto, señoritos!...

CÉSAR

Por qué?

CÁNDIDO

Qué sucede?

JUANA

Una desgracia! Se nos muere don Carlos...!

PURITA

Oh! Mi papá... (*Mutis corriendo*).

CÁNDIDO

Mi tío!... (*Mutis también, seguido de Araceli y César*).

JUANA

No, no... Cómo tendré la cabeza!... Es don Mauricio...!

CÉSAR

En qué quedamos? (*Parándose al pié de la puerta*).

JUANA

Sí, señorito! Don Mauricio! De un ataque al corazón!...
(*Mutis César. Juana se dispone á retirar las sillas*).

TELÓN

CUADRO SEGUNDO



ESCENA

Salón del primer piso de la quinta. Al fondo una gran puerta vidriera, abierta de par en par, que comunica con una amplia galería, desde la cual se domina el panorama de montes y valles que componen los alrededores de la finca. En primer término izquierda, un sofá, y en los ángulos murales unos artísticos banquillos de madera con lindas macetas y caprichosas plantas de adorno. En el muro lateral de la derecha, puerta de entrada al salón, y en el de la izquierda otra puerta que conduce á los dormitorios del piso. Dos sillones y seis sillas completan el ajuar. Una hermosa araña de luces colgada del techo alumbran la estancia.

Es noche de luna.

Al levantarse el telón, aparece en escena Matilde, sentada en un sillón. Seguidamente salen Araceli, Purita, Cándido y César.

ARACELI

Matilde...! (*Entrando*).

PURITA

Buenas noches.

MATILDE

Pero por qué se molestan por mí? (*Ofreciéndoles sillas*).

CÁNDIDO

Si no es molestia, señora.

CÉSAR

Es satisfacción.

PURITA

Pasaremos juntos la velada.

ARACELI

Y el paciente?

MATILDE

Sigue mejor. Con él están su papá de usted (*á Purita*) y el Padre Alvaro. Pasen ustedes. (*Disponiéndose á conducirles á la habitación del enfermo*).

ARACELI

Dispense usted, Matilde, que por mi parte renuncie á ello.

MATILDE

No le gusta ver enfermos?

ARACELI

No, señora. Me impresiono y...

PURITA

Yo sí que quiero verle.

CÉSAR

También yo. Con su permiso...

MATILDE

Ustedes lo tienen. (*Vánse César y Purita por puerta izquierda*).

CÁNDIDO

A mi me pasa lo mismo. En cuánto veo á un enfermo, parece-me que voy á contagiarme.

MATILDE

Naturales aprensiones.

ARACELI

Y crea usted que me sabe muy mal.

CÁNDIDO

Lo que es yo no puedo remediarlo.

MATILDE

Dichosos ustedes que pueden decir: no quiero porque no me gusta...! Desde mis padres, que en santa gloria estén, que ya me son familiares los enfermos...!

ARACELI

Cuánto la compadezco á usted!

CÁNDIDO

Y era usted muy jóven cuando quedó huérfana?

MATILDE

Diecisiete años tenía cuando quedé completamente sola en el mundo! A los veinte me casé; pero siempre sometida á vicisitudes continuas...! De ahí que pueda asegurar á ustedes que no me asustan los estragos del dolor...!

CÁNDIDO

Luego usted vive...

MATILDE

Casi indiferente á todo...!

ARACELI

Por Dios, Matilde! No diga usted eso! A su edad no puede comprenderse...!

MATILDE

Ese es el error en que vivimos, cuántos pretendemos juzgar en los demás todo aquello que, como usted ha dicho, no puede comprenderse!

CÁNDIDO

Pero es justo convenir, amiga mía, en que para cada lamento hay una trégua...

ARACELI

Y un encanto... y muchas alegrías...!

MATILDE

En el sentir de ustedes, sí; en el mío, no. Para ustedes la vida podrá encerrar bellezas innumerables; para mí ni una sola: nada que anime mi corazón, ni preste luz á mi cerebro! Y mientras ustedes vivirán sus dones con ardimiento... entre efluvios de dicha, yo puedo vivir tan sólo la indiferencia entre las ironías de una felicidad aparente...!

ARACELI

Entonces diga que del mundo se ha formado usted una idea horrible!

MATILDE

Si no fuera por el temor de ofender las ilusiones de muchos, diría á cada punto que sí...

CÁNDIDO

Pero qué fundamentos...?

MATILDE

Pués aquellos que me han enseñado incesantemente la anulación sarcástica de la verdad. Y como no puede ser patrimonio de todos, lo que han dado en que sea patrimonio parcial, resulta que á lo que es sarcasmo, se le llama dicha, y á la dicha, sarcasmo del honor...! En fin, queridos amigos, es necesario convencerse que ustedes, como yo, como todos, «vivimos solemnemente» de la más solemne mentira! (*Sale Fernando por la derecha*).

FERNANDO

Ya estoy de vuelta... De parte de doña Engracia, si quieres ir... (*A Matilde*).

ARACELI

Ay! Tonta de mí! Me lo había encargado y se me olvidó!

FERNANDO

Quiere enseñarte no sé qué cosa.

MATILDE

Hasta ahora. (*A Cándido y Araceli. Mutis por la derecha*).

CÁNDIDO

Y de dónde viene usted, pintor insigne, si puede saberse?

FERNANDO

Pués miren ustedes, me llegué hasta el pueblo con el propósito de telegrafiar á mi casa de Madrid el accidente de mi hermano y que en consecuencia me detendré unos días más, y héme encontrado con la nueva de que la estación no funciona, por haber los sediciosos interceptado la línea.

ARACELI

Qué dice usted...?

FERNANDO

No se asuste usted, señorita.

CÁNDIDO

Ningún peligro nos amenaza. Total, incomunicación telegráfica por algunos días.

FERNANDO

Muy pocos. Porque esa asonada del famoso Julio, no va á durar más allá de siete ú ocho días. Es mi opinión.

ARACELI

Dios le oiga!

FERNANDO

Bien. Ahora ruego á ustedes que no digan una palabra. Así evitaremos la alarma que la noticia podría producir.

CÁNDIDO

Es lo más correcto.

ARACELI

Seguramente.

FERNANDO

Puntualicemos, pues, y abramos un paréntesis á la nota alegre. No nos atrevamos á darle á esta velada carácter de melancolía; y sin que ello deba interpretarse como ofensa á la desgracia que desde esta tarde todos deploramos, expansionemos nuestras almas en la prudente relatividad.

CÁNDIDO

Me parece muy bien dicho.

ARACELI

Y yo me asocio á la idea. Sobre todo por Matilde, que no tendrá ocasión de infundirse en eso de la indiferencia y de la familiaridad con los enfermos.

CÁNDIDO

Ni sacará á relucir tampoco esos sarcasmos del honor, ni las ironías de la felicidad aparente.

FERNANDO

Pero qué están ustedes diciendo...?

CÁNDIDO

Nada...

ARACELI

Cosas de Matilde.

CÁNDIDO

De las cuales, como no viniese usted más pronto, hubiéramos llegado á sacar el convencimiento de que el mundo es un cero con bigote...!

FERNANDO

Ya! Del que tiramos cada cual á nuestro antojo... Consecuencias de los desengaños...!

ARACELI

Confieso que me ha dado pena oirla...! Con esa tranquilidad de ánimo... Con esa resignación extraña.. !

FERNANDO

Debo de hacer notar á mi bella amiga, que nos apartamos de nuestro acuerdo.

ARACELI

Tiene usted razón. Menos en lo de bella.

CÁNDIDO

Es que todo lo triste lleva en sí la eficacia del abismo: atrae.

FERNANDO

En lugar de decir eso, podía usted haber iniciado la nota alegre.

CÁNDIDO

Para iniciar no valgo. Eso usted, que es persona de recursos regocijantes...

ARACELI

Y que ha corrido mucho mundo...!

FERNANDO

Pero que á pesar de todo, no ha mejorado de posición.

CÁNDIDO

No por falta de *ganallo*.

FERNANDO

Mas sí por falta de *hacello*.

ARACELI

Eso...!

FERNANDO

De tanto *corrello*, reventó al fin el caballo.

ARACELI

No va usted á referirnos ninguna aventura?

FERNANDO

Por qué no? Usted la preferirá amorosa...?

ARACELI

Suelen ser las más interesantes.

CÁNDIDO

Y las más amenas.

FERNANDO

De tono mayor ó menor?

ARACELI

No comprendo....

CÁNDIDO

Quiere decir el amigo, si más le interesan á usted las aventuras de alto rango, ó las de bajo porte.

ARACELI

Me es igual.

FERNANDO

Hola! Conque usted, por lo visto, entiende también de esas cosas...?

CÁNDIDO

Por lo visto, no señor...

FERNANDO

Pero su modo de expresarse...

CÁNDIDO

Se equivoca usted. Solamente he creído adivinarle.

FERNANDO

Sí; ha creído adivinarme la pregunta, de la misma forma que adivino yo, por su respuesta, que no es usted tan santo como parece.

CÁNDIDO

Hombre....!

ARACELI

Ja, ja, ja...! (*Risa*).

FERNANDO

Las cosas claras. A esta señorita podrá engañarla usted, pero á mí...

ARACELI

Si á mí no me engaña tampoco... Se lo he dicho varias veces... Hasta me convencí...!

CÁNDIDO

Acaso tratan ustedes de desacreditarme...?

FERNANDO

Ah, vamos! Juzga usted como descrédito, el que se confíe uno á los amigos y les diga: yo he corrido cinco, diez, veinte aventuras de esta y esa y esotra naturaleza, y he mentido amor á muchas mujeres, y héme visto en mil aprietos entre maridos burlados y muchachas prontas...? — No, señor mío; no es esto ningún descrédito, sino una brillante hoja de servicios que no todos pueden ostentar...!

CÁNDIDO

Y si yo le dijese al impugnante amigo, que en todo lo que acaba de decir puede haber un pretexto para...

FERNANDO

Para qué...?

CÁNDIDO

Para eludir la solicitud de la señorita con respecto á usted...

FERNANDO

No tiene usted razón. *(En este momento oyese, algo lejano, el pito de un tren, y poco después el trepidar de la marcha y el sonido imitando el vapor, la bocina, etc. — Es un tren que pasa).*

ARACELI

Oyen ustedes? El tren! Voy á asomarme... *(Corriendo se dirige á la galería. Cándido y Fernando la siguen. A continuación salen del cuarto de la izquierda César y Purita, atraídos por el paso del tren, reuniéndose con los otros en la galería).*

CÉSAR

Ya está aquí...!

CÁNDIDO

Qué fantástico ese disco luminoso entre la claridad esta de la luna...!

ARACELI,

A mí me encanta el paso de un tren, de noche...! *(El tren va pasando).*

TODOS

Adiós! Adiós...! *(Agitando pañuelos).*

FERNANDO

Mónstruo de madera y hierro... Yo te saludo! En tu seno se

cobijan alegrías y pesares, misterios de pasión y fieras burbujas de ensueños...!

PURITA

Corre...! Vuela...!

ARACELI

Y llévale al pueblo hermano, gratas noticias...!

CÁNDIDO

Ya desaparece... (*Oyese, débil, otra vez, el pito de la máquina*).

PURITA

Nos rinde el último adiós!

CÁNDIDO

Au revoir...!

FERNANDO

Feliz viaje...! (*Retíranse todos de la galería, menos Purita y César. — Por la derecha salen Matilde, doña Carmen y doña Engracia: la primera cruza la escena y hace mutis por la izquierda*).

DOÑA CARMEN

Qué aprisa corre el condenado...! (*Refiriéndose al tren y dirigiéndose á la galería*).

FERNANDO

Para los que esperan, va despacio aún.

DOÑA ENGRACIA

Y para los que ansían llegar, su curso es interminable...

FERNANDO

Es una razón de orden moral que indefinidamente estará en pugna con la materialidad del progreso. (*Salen del cuarto de la izquierda Matilde, Padre Alvaro y don Carlos*).

PADRE ALVARO

Conviene no molestarle ahora. (*A Matilde*).

FERNANDO

Duerme?

DON CÁRLOS

Sí, señor; cómodamente en la propia butaca.

PADRE ALVARO

Está muy mejorado.

DON CÁRLOS

Hasta parece increíble! En mi larga práctica como médico, no se me había presentado un caso de mejoría tan rápida...

DOÑA ENGRACIA

Supuesto que duerme, opino que no debemos quedarnos aquí de charla.

DON CÁRLOS

Dice usted muy bien, señora.†

PADRE ALVARO

Sí, debemos retirarnos. (*Doña Engracia va á reunirse con doña Carmen, Purita y César, que continúan en la galería*).‡

MATILDE

Cerrada esta puerta, no puede llegarle ningún rumor...

PADRE ALVARO

Además, son ya las diez, amiga mía, casi hora de que cada cual se acueste, bajo la protección de la divina gracia.

CÁNDIDO

Eso de acostarnos me parece prematuro. (*A Araceli. Los dos han estado hablando por lo bajo desde que se retiraran de la galería*).

ARACELI

A mí también.

CÁNDIDO

Pero quiera al menos la divina gracia que sueñe contigo...!

ARACELI

Más bajito, que pueden oír...! Sueñas en alta voz?

CÁNDIDO

No. No temas...! *(Doña Engracia, doña Carmen, Purita y César se retiran de la galería).*

ARACELI

Respiro...!

PADRE ALVARO

Quede usted con Dios, señora. *(Despidiéndose de Matilde).*

MATILDE

Buenas noches, Padre! *(Le besa la mano. Padre Alvaro se acerca á don Carlos y Fernando: afectuosa despedida entre sí).*

DOÑA ENGRACIA

Buenas noches. Hasta mañana, si Dios quiere...!

DOÑA CARMEN

Lo mismo digo...

MATILDE

Hasta mañana...! Que ustedes descansen...

ARACELI

Matilde...! *(Se besan).*!

PURITA

Que no está usted triste...! *Besos.* — *Don Carlos, Cándido y César, terminan la escena despidiéndose como los demás de Matilde y Fernando. Este acompaña á todos hasta la puerta de la derecha, que cierra luego. — Matilde se sienta en el sofá, adoptando cierta posición de abandono. Hay una pausa. La idea de que se hallan solos les aturde, y en realidad no saben qué decirse para romper el silencio que les crea una situación embarazosa. — Los detalles de interpretación de toda esta escena quedan á cargo del buen juicio del actor y de la actriz).*

MATILDE

Qué calor, virgen bendita...! (*Haciéndose aire con un pañuelito de mano*).

FERNANDO

Insoportable...! (*Breve pausa*).

MATILDE

Has puesto el telegrama?

FERNANDO

No... Digo, sí; sólo que invertí los términos. En vez de poner «Me quedo», he puesto: «Mañana voy». . (*Matilde se rie*). No lo crees, verdad? Pues haces bien...

MATILDE

Como que no puede ser...!

FERNANDO

Y si te dijera que he reflexionado que á todo honor debo marcharme...?

MATILDE

A todo honor...?

FERNANDO

A todo honor...!

MATILDE

Tampoco me convences.

FERNANDO

Dí claro que te burlas de mí!

MATILDE

Eres terrible, Fernando...!

FERNANDO

Soy... lo que tú quieres que sea, Matilde: un loco...! Un loco que procura en este momento ser cuerdo, y vano empeño el suyo, puesto que tú le atraes y le dominas y juegas con él con una habilidad imperiosa... *(Matilde se ríe, á la vez que don Mauricio llama á esta desde dentro con voz algo velada y quejumbrosa)*. Ríe! Ríe...! Esa risa es para mí un contento estrepitoso que estalla en mi pecho como un volcán y se auna con el tuyo formidable por encima de todo...! *(Se habrá sentado junto á Matilde)*.

MATILDE

La comedia humana...!

FERNANDO

Eso! La eterna comedia humana, después del drama universal...!

Ven á mí...! Que de tus ojos,
quiero el fulgor incitante
que á tus encantos me arrima
por el placer... de adorarte...!
Ven...!

DON MAURICIO

(Desde dentro). Matilde...!

FERNANDO

Sin reparo...!

No te importen los falaces
que sujetaron á leyes
lo del amor... que es tan grande...!

No te importen, vida mía,
alma de mi alma amante,
cielo de mi dicha entera,
y desprecia sus fatales
lisonjas de honor, que matan
los goces incomparables...!
Ven á mí...! Y en fuerte lazo,
musitemos delirantes
un himno al amor excelso...
al amor.... (*Aparece don Mauricio*).

MATILDE

Oh...!! (*Exclamación de espanto al ver
á su marido. Con violencia se aparta de Fer-
nando*).

DON MAURICIO

Miserables...!!

(*Previo un golpe de tos que le ahoga, don Mauricio cae desplomado al suelo. Al
ruido de la caída, Matilde, horrorizada, hace un movimiento brusco y cúbrese el
rostro con las manos para no ver. Fernando se queda mirando, atónito, el cuerpo
inerte de su hermano. — Cuadro. — Telón un poco lento*).

FIN DEL DRAMA



